

# LA CULTURA DEL MIEDO EN UN ESCENARIO DE GUERRA\*

María José Rodríguez Rejas\*\*

## 1. La refundación cultural conservadora. Más allá del ámbito militar...

Durante los últimos años, el debate sobre las concepciones de seguridad y defensa de Estados Unidos estuvo marcado por el 11-S y la escalada intervencionista que sobrevino. Sin duda, hemos asistido a una intensificación de la acciones de guerra y de sus usos tecnológicos. Pero, sin duda también, esta apreciación encubre realidades mucho más profundas y sugerentes desde el plano de la cultura para re-pensar la dinámica de la dominación conservadora en aquellos países de América Latina que están bajo la influencia más próxima –y también más férrea- de Estados Unidos (EU).

Consideramos que la refundación cultural conservadora de nuestros días tiene un componente militar que descansa en el miedo y permea la cultura hasta instalarse en nuestra vida cotidiana. La guerra será sobre todo ideológico-cultural; su dimensión militar se presenta como la más evidente aunque no es la más profunda. En este trabajo queremos abordar dos elementos que consideramos clave para entender este proceso. En primer lugar, el continuismo en las estrategias de contrainsurgencia que caracterizan la política de seguridad de EU en el exterior –aunque también al interior del propio país- y, en particular, la política de Seguridad Hemisférica hacia América Latina. En segundo lugar, el miedo impulsado desde las concepciones de guerra, que se difunden entre la

---

\* Texto publicado en Darío Salinas (Coord.) (en imprenta) *Estados Unidos y América Latina en la nueva dinámica hemisférica*, CLACSO.

\*\* Profesora-investigadora, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, [rodriguezrejas.mariajose@gmail.com](mailto:rodriguezrejas.mariajose@gmail.com)

población, convertida en objeto de control social y del que México es una clara muestra en la actualidad.

Las concepciones y estrategias militares, la presencia militar en los noticieros y en las calles, y la propia simbología militar se traducen en referentes que impregnan la cultura, y éste es uno de los elementos más efectivos de la dominación. Somos re-socializados en una cultura del miedo y la guerra que se sostiene en la institucionalidad y legalidad modificada *ad hoc*. Así, vamos perdiendo nuestros parámetros de ubicación previos y tenemos que enfrentarnos a la desorientación en una sociedad violenta, y violentada.

El fenómeno ya se ha presentado en distintos momentos en América Latina, vinculado a las dictaduras militares. Lo que resulta sorprendente es que, actualmente, esta refundación cultural viene revestida de gobiernos democrático-electorales que legalizan e institucionalizan la militarización; lo que antes nunca se logró. También sorprende nuestra fractura de la memoria que nos impide reconocer el carácter contrainsurgente de esta experiencia, ahora en escala masiva. Nos hemos acostumbrado a vivir en medio de guerras, de una militarización creciente, con muertos, desaparecidos y torturados, con desplazamiento de poblaciones, destrucción de territorios y recursos, con mercenarios de la guerra... Lejos del imaginario de paz y democracia con que se asoció el siglo XXI, estamos asistiendo a la internacionalización del miedo, de la impunidad y de la tortura. Irak o Afganistán son un ejemplo de territorios desangrados y rotos, así como México o Colombia lo son en América Latina.

Este trabajo está centrado en las trayectorias de la dominación. El complemento necesario pasaría por un análisis de las respuestas alternativas –que, sin duda, son muchas y creativas- así como por la recomposición de la geopolítica latinoamericana del sur. Las limitaciones de espacio y tiempo, posponen esa tarea para otro momento. También aspiramos al intercambio de ideas por encima de las certezas; no pretendemos convencer al lector sino motivarlo a que intercambiamos

reflexiones, tan necesarias para entender nuestro tiempo y para tejer una cultura de liberación y vida frente al miedo y la muerte que nos rodea.

Iniciaremos con algunas reflexiones sobre el papel del miedo y la guerra como mecanismos de control social. A continuación, haremos un recuento de los lineamientos y concepciones de seguridad de Estados Unidos; en particular su proyección hacia América Latina y su carácter contrainsurgente, donde el miedo es parte de una estrategia permanente que se ha ido ajustando a las especificidades socioculturales y temporales. Finalmente, analizaremos la presencia de algunos de estos elementos en la cultura del miedo y la guerra que se va construyendo en el México de hoy.

## **2. Mirando el presente: la necesidad de cultivar el miedo al “otro” en una cultura de guerra**

No hay guerra, ni violencia, sin un “otro” amenazante (Delumeau, 2002). Todo escenario de desestabilización y guerra requiere tanto de una justificación como de mecanismos de control social que la hagan aceptable; lo que también sería cierto a la inversa, los mecanismos de control social más efectivos se dan en escenarios de guerra –baste recordar las experiencias del nazismo, del fascismo o de las dictaduras militares en América Latina-.

La amenaza se transforma en una sensación de inseguridad ante el “otro” que desata el miedo (Kessler, 2009; Nievas, 2010). El ciudadano promedio va a demandar el restablecimiento de condiciones de seguridad aunque ello conlleve, incluso, aceptar la violencia del Estado. Se construye así la imagen de una violencia positiva frente a la violencia negativa del “otro” amenazante, que pasará a la condición de enemigo. La guerra contra Afganistán o Irak son un ejemplo.

El ciudadano interioriza la amenaza, la existencia de un enemigo, la violencia, la simbología de guerra, la presencia militar en las calles, etcétera. Incluso el

lenguaje es invadido por los códigos de guerra y con todos estos elementos se van conformando una cultura del miedo que será funcionalmente contradictoria. Por un lado, rompe nuestros parámetros de referencia y nos deja como barcos a la deriva, confundidos, condenados a deambular sin proyecto. Por otro, la adaptación a este contexto nos va haciendo cada vez más conservadores. La crítica y la reflexión ética quedan relegadas a un segundo plano ante la percepción de la gravedad de la amenaza. El mundo de vida queda subsumido en una dualidad simplificadora: amigos y enemigos, buenos y malos, “nosotros” y los “otros”. La propaganda gubernamental se encargará de difundir en los medios de comunicación, las imágenes, los rostros y la narrativa desde la que esa realidad será nombrada. Las manifestaciones cotidianas del cambio cultural irán desde sobre-reacciones violentas en conflictos sociales menores (en el tráfico, con los vecinos, etcétera), que serán proporcionales al nivel de temor, hasta la aceptación de portar armas o las acciones de autodefensa. Estas formas de hacer en el mundo y de relacionarnos, transforman la cultura a la par que ésta contendrá los códigos para reproducir la violencia y destruir el tejido social, en los que vamos siendo re-socializados. El miedo se convertirá en la fuente de alimentación de esta espiral.

El mundo privado será el espacio de la seguridad por antonomasia y la familia, su principal reducto. Las vallas de protección o los dispositivos tecnológicos de seguridad de las viviendas son al mismo tiempo simbólicos. El sujeto no sólo se aísla físicamente sino que se aísla social y afectivamente de los otros que le rodean. La casa y la familia son el nido-prisión que refuerza la fragmentación social. Basta dar un paseo por cualquier ciudad de EU o por la Ciudad de México. Además, en tanto el “otro” -negro, indígena, pobre, joven- es visto como enemigo, será criminalizado. Esta transmutación encuentra el caldo de cultivo idóneo en los escasos recursos formativos e informativos que le brindan el sistema educativo y los medios de comunicación al ciudadano promedio. La destrucción del sistema educativo dará sus mejores frutos en esta recomposición conservadora del mundo.

Esa cultura de la guerra nos embrutece sin que podamos percibir que somos violentados en esa disrupción de lo humano que naturaliza la agresión. Somos domesticados cada día, como receptores visuales, auditivos y corporales de la violencia de la guerra. El discurso oficial asume los llamados daños colaterales como costos necesarios de la seguridad y así los “otros-víctimas” dejan de tener historias, vidas, rostros, anhelos... Son simplemente civiles caídos en combate. Así ha sido en Irak y así es también en México. La guerra se convirtió en un espectáculo mediático, unos serán los salvadores, otros los enemigos y otros, las víctimas colaterales. Los bombardeos de Irak, las imágenes de prisioneros torturados en Abu Ghraib o los cuerpos descabezados en cualquier parte de México, conviven con el fútbol americano o la telenovela de moda. En pleno siglo XXI hemos podido asistir, en nombre de la civilización y la democracia, a la ejecución de Sadam Hussein en transmisión internacional y, más recientemente, a la persecución y asesinato de Gadafi, que acabaría siendo empalado.

Hay que recordar que la construcción social del miedo como elemento del neoconservadurismo inició con una situación de guerra en el caso de América Latina: los golpes de estado de los años setenta en los que se aplicó el exterminio masivo. Una década más tarde, el segundo paquete de políticas de ajuste, encontró menor resistencia entre la población que temía el regreso de las dictaduras si la crisis se agudizaba. En EU –así como en los demás países centrales, en los que también tiene lugar una norteamericanización de la política de seguridad- el miedo fue adquiriendo intensidad. En general, podemos decir que al miedo a perder el trabajo, le siguió el miedo a perder la asistencia para vivienda, salud, educación y demás derechos sociales. A la par, la delincuencia urbana fue creciendo como resultado de la exclusión social. Así que, a los anteriores miedos, se sumó la pérdida de las posesiones y el miedo a ser lesionado corporalmente e incluso perder la vida.

La institucionalización de la llamada guerra contra el terrorismo y el narcotráfico, desde los noventa, tanto en EU como en América Latina -especialmente Colombia y México-, focalizó el miedo en la pérdida de la vida; éste es el miedo más ancestral del ser humano y el que le hace sentir más vulnerable. En un caso de desestabilización como el mexicano, que ya cuenta con un estimado de 65,000 muertos en tan sólo seis años, el miedo es un regulador de la vida social cuando lo imprevisible puede proceder de las balas de los narcotraficantes, de los paramilitares, del ejército o la policía. El miedo a la muerte física alimenta la muerte del ciudadano, en tanto todos intentamos desvanecernos del mundo público para sobrevivir. El resultado será gestión del caos y control social.

### **3. La institucionalización del miedo: del epicentro a sus réplicas en América Latina**

Las concepciones de seguridad descansan en una visión ideológica desde la que se definen enemigos y estrategias de acción. La redefinición del enemigo posterior a la Guerra Fría, incorporó algunos matices en la figura del “terrorista”. Este fue concebido como una amenaza letal capaz de poner en riesgo la esencia misma de la sociedad: democracia y libre mercado, que, a su vez, se presentan como universales que se identifican con Occidente y la civilización. Demás está decir que la democracia se restringe a su dimensión electoral y que el libre mercado es (neo)liberalismo económico, especialmente enfocado a garantizar el acceso a los recursos estratégicos. Además, el enemigo podría ser cualquiera, dentro o fuera del país. Hasta aquí no hay grandes novedades en relación con las tradicionales concepciones anticomunistas de periodos anteriores; incluso es recurrente en aquellos años hablar del “terror comunista” e incluso de “terrorismo”. El matiz actual está en la aparente desideologización política del término, lo que le confiere un carácter más difuso y, en la misma medida, más amenazante. El sentimiento de inseguridad tras los ataques del 11-S facilitó la interiorización del miedo y la justificación de la guerra y sus costos. El cine, la televisión y demás medios de

comunicación se encargarían de colonizar la vida cotidiana con la narrativa y simbología de la guerra dentro y fuera de EU.

En correspondencia a la amenaza, la guerra contra este enemigo será total, permanente y preventiva; lo que significa erradicarlo antes incluso de que sea amenaza. Estas concepciones son la base del *Act Patriot* (2001), que autorizó unilateralmente a EU a intervenir en cualquier parte del mundo ante una amenaza potencial; así se justificó la intervención en Afganistán y en Irak; así se juega con la amenaza a la seguridad nacional de territorios convulsos como México. Estos son también los lineamientos de la política de seguridad hacia América Latina, de los programas de formación conjuntos para militares latinoamericanos y de acuerdos militares como ASPAN, Plan Colombia y Plan México.

Los contenidos de esta transformación ideológico-cultural se re-producen a través de dos agentes claves de la socialización: las instituciones, que construyen los referentes del mundo de vida y de autocensura del sujeto (Berger y Luckmann, 1986); y la legislación, que sanciona positiva o negativamente las acciones y justifica el uso de la fuerza. Legalidad y legitimidad se confunden intencionalmente ya que en la legalidad se sostiene una parte central de la ideología dominante; de ahí, que incluso se legalicen las intervenciones, la tortura, detenciones, cateos, etc. La actual legislación mexicana sobre seguridad impone condiciones de cuasi estado de sitio. En el caso del *Act Patriot*, la legalización de las acciones de guerra, dio paso a una sistemática violación de derechos humanos. Institucionalizó la tortura como mecanismo de obtención de información y los llamados “ciclos de información continua” fueron “un procedimiento operativo habitual” como reconoció uno de los soldados de Bagram. Abu Ghraib (Irak) y la “Prisión de la Oscuridad” (Afganistán) son otros tristes ejemplos (Rodríguez Rejas, 2010a)<sup>1</sup>. Al lenguaje

---

<sup>1</sup> En el texto referido puede encontrarse un análisis pormenorizado sobre las violaciones de derechos humanos a cargo de EU, tanto al interior del país como en el exterior. También puede consultarse una revisión detallada del contenido de los

cotidiano se incorporaron expresiones como “celdas volantes”; “entregas extraordinarias”, en relación a trasladados internacionales de presos; “contratistas civiles”, en referencia a los mercenarios, etcétera. Además, buena parte de la información pasó a ser considerada clasificada, dejando de publicarse en medios.

La *National Strategy for Homeland Security* (2002) y la *National Security Strategy* (2003) complementaron los lineamientos de seguridad. La primera define el terrorismo como el enemigo central a combatir pudiendo ser “cualquier” ciudadano estadounidense o extranjero y “cualquier” acto peligroso que coercione al gobierno a través de “cualquier” forma de violencia. Esta definición tan elástica se adoptó tal cual en la legislación mexicana, agregando, además, los actos que generen “alarma o temor”. Esos mismos documentos explicitan la identificación entre seguridad nacional y seguridad interior, cuyo resultado será la militarización de la seguridad pública; un elemento más que se exportará a los países del área de influencia.

Esta concepciones y percepción de (in)seguridad son muy anteriores al 11-S y forman parte del ciclo neoconservador. Las podemos rastrear desde los primeros documentos sobre el reposicionamiento de EU como potencia mundial. En *Santa Fe I* (Tambis, 1980) y *Santa Fe II* (1988) se planteaba la lucha contra el terrorismo -“independientemente del origen de este último”- y el crimen organizado. *Santa Fe II* hacía mención a la “vulnerabilidad” de algunos territorios, entre ellos México, y al riesgo que representaban para la seguridad estadounidense. Ésta sería la primera declaración de México como estado fallido. En la *Iniciativa para las Américas* (1990) y la *National Security Strategy for a New Century* (1998) se incorporó la seguridad preventiva, un viejo concepto de la contrainsurgencia.

Los lineamientos sobre seguridad en relación con América Latina, presentan algunas peculiaridades. El documento de *Santa Fe IV* (2000) definió nueve

---

documentos, leyes e instituciones de seguridad y defensa, así como sus correlatos para América Latina.



amenazas para la región: terrorismo, narcotráfico, desestabilización, catástrofes naturales, deforestación, migración, pobreza, endeudamiento y “democracias populistas”. Aquí, la concreción de la guerra contra el terrorismo, se tradujo en guerra contra el narcotráfico -como expresión genérica de la delincuencia organizada- y contra la desestabilización, proceda de la pobreza o del “radicalismo” populista. La lucha contra el narcotráfico será enfrentada, hasta nuestros días, militar y no socialmente, dejando un rastro de violencia y violaciones a los derechos humanos. Pero esta estrategia se remonta a los años setenta. Recordemos que la “guerra contra las drogas”, una guerra que había que emprender en defensa de la democracia, fue anunciada por Nixon ya en 1971 (La Tercera, 2011). Curiosamente el punto de partida de esa “guerra” tuvo lugar con la Operación Cóndor en México (1975-77), diseñada especialmente como lucha contra el narcotráfico y en la que participaron diez mil soldados en la zona de Sinaloa, Durango y Chihuahua (Astorga, 1999) –el general José Hernández Toledo, a cargo de la operación, había participado en la masacre de Tlatelolco y en las luchas contra el movimiento universitario en la UNAM, la Universidad Nicolaíta y la de Sonora-. Se fumigaron territorios, se desplazó a campesinos y crecieron los abusos. Los antecedentes de esta relación de cooperación militar con EU se remontan a la Operación Intercepción (1969) y al primer acuerdo antidrogas México-EU conocido, la Operación Cooperación (Doyle, 2003). La historia, por tanto, es larga y va reconfigurándose a través del tiempo.

La Declaración sobre Seguridad de las Américas (2003) fue la sistematización de toda la producción anterior sobre seguridad en relación con América Latina. Pone el acento en “seguridad democrática” –concepción que aparece en el Tratado Marco de Seguridad Democrática para Centroamérica (1995)- y preventiva. Para ello impulsa la cooperación en el hemisferio, centrada en formación militar, intercambio de información e inteligencia, y asesoría jurídica. ¿Cómo sorprendernos después de lo que acontece en países como México insertos ya en un esquema de dependencia institucional con EU?. Además, abre la posibilidad de intervenciones ante “conflictos internos... cuando el Estado afectado así lo

solicite”. Al año siguiente, tuvo lugar la intervención multilateral latinoamericana en Haití (2004) –primera vez en la historia de la región-, con costos humanitarios propios de una condición de guerra; el silencio de los medios sólo fue interrumpido con algunas notas que exaltaron el humanitarismo de las tropas. Tanto la ASPAN como el Plan México están dentro de este esquema.

La guerra o, su variante, la desestabilización -que genera descomposiciones del tejido social similares a las de una condición de guerra-, serán la garantía para acceder a los recursos de “otros” territorios. Eso es lo que está detrás de las concepciones de seguridad y de la recomposición ideológica del medio y la guerra: los recursos estratégicos.<sup>2</sup> Como ya planteaban con claridad los clásicos de la geopolítica, el bloque –del que EU es hegemón- no es sólo una agrupación con intereses geo-económicos; además comparte una visión político-cultural definida desde su núcleo, el *Heartland*, y una concepción de seguridad y defensa que proyecta sobre su área de influencia. Es decir, la guerra económica es militar pero también ideológica. Cuando, además, el complejo-militar industrial impone la dependencia de la guerra como motor de la economía, como sucede en EU, el miedo al “otro” deber ser condición para justificar una guerra total y permanente, así como sus costos. Al igual que sucede con la moda, la representación del enemigo incorpora nuevos códigos o rescata del pasado algunos que ya fueron olvidados. El objetivo, sin embargo, continúa siendo el mismo.

Nuestra mirada sobre el escenario de desestabilización y miedo que se vive en México debería considerar algunos de estos elementos para complejizar los discursos mediáticos y adentrarnos en la reflexión de fenómenos evidentes, pero silenciados, como la transformación de la cultura en un territorio de miedo y guerra.

---

<sup>2</sup> En América Latina está el gran reservorio de la biodiversidad del planeta, agua dulce, petróleo y gas natural alternativo a las fuentes de Medio Oriente, así como importantes minerales estratégicos. En el área del Proyecto Mesoamericano, desde México a Colombia, se concentra un tercio de esos recursos. Véase: (Rodríguez Rejas, 2010b)

## **El fantasma de la contrainsurgencia a través del tiempo**

La des-memoria de nuestro tiempo, anclada en un discurso que reitera la ruptura con el pasado y proclama las novedades del presente, nos dificulta identificar los esquemas de contrainsurgencia que perviven en las concepciones y estrategias actuales de seguridad hacia América Latina y que se replican al interior de alguno de sus países.

La guerra total y permanente, el terrorismo como enemigo a combatir en cualquier parte del mundo, la existencia del enemigo interno y, por tanto la necesaria erradicación de la insurgencia y sus bases de apoyo para restablecer el control social, están presentes desde el discurso de Truman al Congreso (1947), conocido como Doctrina Truman. La National Security Act, del mismo año, creó la institucionalidad para hacerlo posible. La justificación para financiar e intervenir en Grecia contra el movimiento comunista, ocupó entonces los mismos argumentos que encontramos recientemente en Irak: “una minoría militante, explotando las necesidades y miseria de la gente, ha creado un caos político”, siendo “necesario restaurar el orden interno y la seguridad” (Doctrina Truman, 1947). El discurso del miedo se convierte en la justificación de las acciones a emprender. La intervención se hacía en defensa de la libertad y la democracia griega. El documento también mencionaba las “actividades terroristas” como un peligro que había desbordado al Estado griego y que podía expandirse a los países limítrofes. Es la idea del caos, de los Estados fallidos y de la seguridad preventiva que volveremos a escuchar a lo largo de las décadas y más recientemente, con el Plan Colombia y el Plan México. El documento contiene los lineamientos de contrainsurgencia, que se nutren de las experiencias de Francia en Indochina, en los cuarenta, y de Gran Bretaña en Malasia. Contrainsurgencia e intervencionismo van de la mano desde sus inicios.

Para América Latina, se puede reconstruir un proceso continuo a través de la historia: en los cincuenta, durante el macartismo, un primer ciclo de golpes de Estado; una segunda fase en los sesenta, con la Doctrina de Seguridad Nacional –

versión del Estado de Seguridad Nacional para la región que también se nutrió de la experiencia contrainsurgente de los franceses en Argelia-; una tercera con los golpes de los setenta; la llamada Guerra de Baja Intensidad, que asoló Centroamérica, en los ochenta; y las actuales intervenciones contra el narcotráfico y la desestabilización que, como decíamos, inician a principios de los setenta. No es casual que el manual actual de contrainsurgencia del ejército estadounidense, defina explícitamente la lucha antidrogas como una lucha contrainsurgente (Egremy, 2009). Este es también el contenido de los ejercicios militares conjuntos con los países de América Latina. Un ejemplo destacado es Cabañas 2001, realizado en Argentina, con un programa de entrenamiento para el supuesto de “un campo de batalla compuesto por civiles, organizaciones no gubernamentales y agresores potenciales” (CEMIDA, 2001).

La incidencia en la subjetividad de la población desde el recurso del miedo, la inseguridad, las necesidades, la frustración e impotencia son parte de las estrategias de control social que se fueron perfeccionando y sistematizando con el paso del tiempo, tanto dentro como fuera de EU. Como señalábamos, podemos reconstruir un ciclo continuo, con distintas intensidades, pero con objetivos y estrategias compartidas. Los aprendizajes de los cincuenta (Corea, Vietnam, Guatemala convertida en un campo de muerte y tortura, la desestabilización colombiana y las masacres tras el asesinato de Gaytán) se capitalizaron en la Escuela de las Américas y en los golpes de fines de los sesenta y setenta en América Latina, donde el miedo dejó de ser localizado para masificarse e incluso articularse en estrategias subregionales entre países (Selser, 2010). Los ochenta representan una vuelta de tuerca en la guerra ideológico-cultural con la llegada de los halcones al poder en EU. Son los años de la propaganda de la transitología y la justificación de cambios económicos ante el caos de la crisis. Mientras tanto, Centroamérica, era, una vez más, el campo de experimentación del siguiente ciclo contrainsurgente, tipificado como guerra de baja intensidad; Colombia ya estaba inmersa en la guerra contra el narcotráfico y convertida en un país “desestabilizado”. México se adentraba en la crisis a la par que se prolongaba una

guerra sucia silenciosa. Los noventa y siguientes, serán la continuidad de esa arremetida ideológica que trata de encubrir los violentos costos de la crisis. Colombia, Centroamérica y México se suman a la territorios desestabilizados donde la violencia es condición de vida y forma de relación social. No casualmente esta subregión posee un tercio de los recursos de la biodiversidad y del agua dulce del continente, así como importantes fuente de minerales y petróleo.

El miedo cumplirá un papel clave en la guerra psicológica e ideológica contrainsurgente. La destrucción de las bases de apoyo del enemigo justifica las acciones impactantes contra la población en general. Las “estrategias de represalia en masa” y los “ataques concentrados” para confundir al enemigo y a la población fueron ocupados en el bombardeo sistemático norteamericano que condujo a la caída de Arbenz, en Guatamala (1954). A ello antecedió una basta propaganda internacional centrada en la imagen de ese país como un peligro para la seguridad. El objetivo era desprestigiar para aislar y legitimar la violencia. No hay grandes diferencias con la invasión de Irak o Afganistán en nuestros días. La National Strategy for Combating Terrorism (2003) retoma esos mismos lineamientos: “erradicar el terrorismo donde quiera se encuentre... usando todos los instrumentos de poder nacional: diplomático, económico, de ejecución de la ley, financiero, de información, de inteligencia y militar”.

La obtención de información y las tareas de inteligencia son otra pieza de la estrategia y no distan de las experimentadas los últimos años en los escenarios de guerra. La tortura fue y es, una práctica habitual para obtener información (“ciclos de información continua”, “plan especial de interrogatorio”). Asimismo, los acuerdos militares implican cooperación en inteligencia e intercambio de información (Comando Norte, Plan Colombia o Plan México) y se reflejan en las legislaciones internas sobre seguridad. En México, estos acuerdos y las correspondientes reformas legales, derivaron, como en otros lugares, en el crecimiento de violaciones de derechos humanos (Rodríguez Rojas, 2010a).

La sensación de incertidumbre e inseguridad ante el “otro” es parte de la

estrategia, que opera tanto al interior de un país como entre países. Una población inmersa en el desasosiego es receptiva al control social. El objetivo es romper las bases de apoyo del otro identificado como enemigo; es decir, fragmentar el tejido social y desarticular a la población mientras se favorece la aceptación de las acciones de fuerza y los cambios legales ad hoc. La desestabilización se tipifica como gobiernos débiles, estados fallidos y puede proceder de una diversidad de enemigos, desde el narcotráfico en México hasta el llamado terrorismo islámico en Oriente. En todos los casos serán tratados como amenazas a la “seguridad nacional”, la “paz social” y la “democracia”; es lo que conoceremos como “seguridad democrática”.

El cuadro de la estrategia contrainsurgente se completa con una identificación entre seguridad pública y seguridad nacional, que deriva de la concepción del enemigo interno. Las Fuerzas Armadas del área de influencia tendrán un papel subalterno como policías encargados del orden interno con el riesgo de criminalizar la protesta cuando se desdibuja la línea entre delincuencia y crítica social. El resultado es militarización social -de lo que existen múltiples ejemplos en el continente, tanto antes como ahora-. Por ejemplo, el Comando Norte, al que quedó adscrito México (2002), considera el despliegue militar para misiones de seguridad interna.

### **A este lado de la frontera, el miedo y la guerra en México**

México vive hoy en medio de la guerra, el miedo y la desestabilización; la imagen externa de paz social que con tanta habilidad y eficiencia cultivo el gobierno durante buena parte del siglo XX, quedó hecha trizas. La cultura de la negociación soterrada, que garantizaba la gobernabilidad y usaba la violencia de forma focalizada, ha dado paso a este territorio de muerte. Tal vez, ese salto abrupto a la masificación de la violencia y la brutalidad de sus formas (cabezas cortadas, descuartizamientos, amputaciones, disolución de cuerpos en ácido,

despellejamiento, etcétera) es lo que nos tiene conmocionados; perdidos entre la incredulidad y la evasión. Si bien la sociedad mexicana siempre ha sido un crisol de complejidad, la transformación cultural que acompaña a la situación actual, hace de ella un campo de imprevisibles consecuencias. Las variables corrupción, militarización social, paramilitarización y penetración del narcotráfico en los tres niveles de gobierno –como declaró hace unos días el Secretario de Gobernación– apuntan a una profundización de la descomposición social y del miedo.

Los más de 65 mil muertos y 15 mil desaparecidos parecen ser la punta del iceberg de un trauma profundo que se replica a lo largo de la geografía, como puso de manifiesto la población al paso de la Caravana por la Paz con Justicia y Dignidad. Los datos abundan y se suman a la catástrofe socioeconómica de la ortodoxia neoliberal imperante. Sin negar que el narcotráfico existe y es un grave problema, es necesario inscribir el referente de la actual guerra en la dependencia militar de EU. Las estrategias y concepciones de guerra norteamericana signadas en la ASPAN y el Plan Mérida, de las que hablamos anteriormente, son las que se adoptaron en México. Del mismo modo, la institucionalidad y legalidad creada es coherente con esos lineamientos (Rodríguez Rejas, 2010a). No nos extrañe que los resultados sean destrucción del tejido social, criminalización de las diferencias y violación de los derechos humanos; exactamente lo que se desprende de las acciones estadounidenses en terceros países.

En prácticamente una década, la guerra, en parte contra el narcotráfico y en parte contra la población civil, ha dado paso a la mayor transformación cultural de este ciclo conservador. El imaginario sobre lo público descansa en la percepción de inseguridad, en el miedo, en la interiorización de la violencia y en un entramado simbólico de la guerra que se expresa en las relaciones cotidianas y atraviesa el lenguaje. Hablamos con plena naturalidad de “narcofosas”, “levantones”, “patrullajes”, “operativos”, “falsos positivos”, “narcomantas”, “balacera”; y los chistes abundan (“San Timoteo, líbrame del tiroteo”). La socialización de muchos niños incluye aprender a tirarse al suelo cuando haya balacera, mientras la madre se pregunta estupefacta “¿qué le estoy enseñando a mi hijo?”. El rito de paso de

la muerte hoy está condicionado a la forma en que se murió. En algunas ciudades del país, las funerarias sólo prestan el servicio cuando el muerto falleció de muerte natural.

En relación con el narcotráfico, la forma de enfrentarlo ha sido estrictamente militar sin que exista una política social que aleje a los sectores pauperizados de esta influencia. El pobre, especialmente si es joven, será deshumanizado desde un imaginario que lo convierte en amenaza al vincularlo potencialmente con la delincuencia. Entre miles de pobres, el enemigo es difuso. Así, la lógica legal que tipifica al enemigo invisibilizó las causas socioeconómicas de la pobreza.

La cuantificación de la muerte deriva en la cosificación y justificación de la guerra, unificando a delincuentes y civiles, aunque estos últimos sean “daños colaterales”. Además, delincuente y disidente se confunden detrás del número. La cultura de guerra, conlleva la aceptación de los excesos. El miedo cumple su histórico papel como mecanismo de control social. La frase “algo habrá hecho” –para aquel que cae en una balacera o se suma al sobrepoblamiento carcelario- es el reducto de la fe del ciudadano en sus instituciones y en el sistema legal para que su miedo sea controlable. Lo contrario, le coloca en el abismo de la inseguridad absoluta. Pensar en los falsos positivos o en cateos sin orden judicial, produce un miedo irrefrenable frente a las propias instituciones del Estado.

En esta cultura contrainsurgente, el ciudadano aprenderá a autocensurarse para proporcionarse un mínimo sentimiento de seguridad que le salve del vacío. Cada sujeto será un soldado-civil que combatirá incluso contra sí mismo y su crítica a la sociedad en que vive. Cumplirá además una tarea central como difusor y comunicador cotidiano del miedo. Reproducirá la narrativa de los medios de información así como los relatos de otros –directos o indirectos- que han sido víctimas de la violencia de esta guerra; una característica propia de la contrainsurgencia. Así la cultura oral del miedo permea la vida cotidiana. A medida que la descomposición social aumenta, esos relatos son el reflejo de un miedo



creciente que, en un principio, se localizaba en las organizaciones criminales pero que hoy se extiende a la policía, a los militares y a los paramilitares. La muerte de civiles en controles policíaco-militares es un ejemplo, así como el reconocimiento público de los falsos positivos.

La propia ciudadanía y los medios de comunicación serán además los difusores de las concepciones y narrativas oficiales de la guerra, los primeros inconscientemente y los segundos con una clara intencionalidad política en esta guerra que también es ideológica. En cualquier caso, todos serán agentes activos en la producción y reproducción de esta cultura del miedo. Ante el horror del espacio público, la población se refugia en el terreno privado de la familia, y ello en un país donde la participación política ya había sido suficientemente restringida durante setenta años de priísmo. El valor social del individualismo, será alimentado con miedo; un nutriente más eficiente aún que el consumismo o cualquiera de los valores mercantiles. La familia aportará la seguridad afectiva y social que requiere todo ser humano.

Como planteábamos al inicio de este trabajo, tal escenario no puede ser entendido al margen de las concepciones de seguridad hemisférica de EU que, desde sus inicios, definió la guerra contra el narcotráfico como una guerra contrainsurgente. También hay que recordar, que el primer campo de ensayo sobre guerra antidrogas diseñado por EU tuvo lugar en México, en los setenta, como ya mencionamos. Durante los últimos sexenios, los cursos de inteligencia, información, patrullas kaibil, operaciones psicológicas y operaciones antinarcóticos para miembros de las Fuerzas Armadas mexicanas han sido constantes y han estado a cargo de El Salvador, Guatemala, Colombia, EU y el Grupo de Intervención de la Gendarmería Francesa (GIGF) (Rivera Cruz, 2005); éstos últimos especialistas en contrainsurgencia desde hace décadas. Además están los ejercicios militares conjuntos que son numerosos e incluyen prácticas en relación con las amenazas definidas en la Declaración sobre Seguridad de las Américas,

Comando Norte y Comando Sur. Entre ellas, las relacionadas con el narcotráfico así como “desordenes internos”, pobreza, catástrofes, etcétera.

La formación contrainsurgente militar irradió a las organizaciones paramilitares y delincuenciales como una ola expansiva que ahora parece tener su propia dinámica. Un ejemplo son los Zetas, hoy convertidos en un cártel, cuyos fundadores salieron de varios cuerpos de élite del ejército que tuvieron formación de EU, kaibiles guatemaltecos, tropas de élite israelíes y el GIGF. La violencia y brutalidad de sus acciones ahora es parte de un comportamiento habitual entre los cárteles. La negativa gubernamental sobre la existencia de paramilitares fue desmentida cuando los “Matazetas” se presentaron con video y declaración de principios ante la opinión pública.

Esta carambola de violencia sin fin va marcando el territorio y modificando la cultura. En este medio vivimos, creando y recreando un imaginario del miedo que nos transforma cada día, sin percibir que nosotros mismos pasamos a ser agentes de esa misma violencia cada que vez nuestro relato hace del miedo un fin en sí mismo sin ningún horizonte. Pareciera que una narrativa ordenada del trauma comienza a surgir pero sólo entre aquellos que son víctimas directas y conscientes. Son los invisibles que comenzaron a tener rostros, voz y memoria en la Caravana por la Paz. Sin embargo, las grandes franjas sociales, en buena medida despolitizadas, parecen vagar perdidas entre el miedo y la sensación de inseguridad.

Frente a esta cultura de la muerte, habrá que impulsar una contraculultura de la vida, como han hecho otros pueblos, desde la que vivir con horizontes, esperanzas y posibilidades colectivas que nos devuelven nuestra humanidad y resanen la estela de dolor.

## **Bibliografía**

ASTORGA, Luis (1999). “Drug Traffiking in Mexico: A First General Assessment”

[en línea]. *Discussion Paper* N° 36, MOST-UNESCO, [http://www.unesco.org/most/astorga.htm#\\_Toc460234111](http://www.unesco.org/most/astorga.htm#_Toc460234111) [Consulta: 2 de febrero de 2012]

BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1986). *La construcción social de la realidad*, Amorrortu-Munguía, Madrid.

Centro de Militares para la Democracia Argentina (CEMIDA) (2001). *Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad y el momento actual*, Argentina, <http://www.cemida.com.ar/> [Consulta: 12 de octubre de 2007].

DELUMEAU, Jean (2002). *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid

DOCTRINA TRUMAN (1947) [en línea] <http://www.americanrhetoric.com/speeches/harrystrumandctrine.html>

DOYLE, Kate (2003). “La Operación Intercepción: los peligros del unilateralismo”, en *Proceso*, N° 1380, 13 de abril

EGREMY, Nydia (2009). “Contrainsurgencia para el siglo XXI”, *Revista Contralínea*, N° 137, 28 junio, México

KESSLER, Gabriel (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Siglo XXI, Argentina.

*La Tercera* (2011) 17 de junio

NIEVAS, Fabián (Comp.) (2010). *Arquitectura política del miedo*, El Aleph, Argentina.

RIVERA CRUZ, Javier (2005). “Anexos”, en *El Ejército mexicano en la lucha contra el narcotráfico como un mandato del Ejecutivo*. Tesis Ciencia Política, UAM-Iztapalapa

RODRÍGUEZ REJAS, María José (2010a). *La espiral de la militarización política en América Latina: del Proyecto Hemisférico a la dominación neoliberal (México, un caso de estudio ejemplar)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México.

(2010b). “La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos” [en línea] *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=115986>

SELSER, Gregorio (2010). *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, Colección Archivo Selser, UACM/UNAM.

